

Después del siglo XX: un mundo en transición

Eric Hobsbawm

I

Un científico muy serio ha manifestado que la especie humana solo tiene un 50% de probabilidades de sobrevivir al siglo XXI. Si bien esta afirmación es algo extrema, pocos de nosotros disentiríamos de la opinión de que nuestra especie y el planeta enfrentan en este siglo peligros enormes que no tienen precedentes, aunque solo sea por los efectos extraordinarios de la tecnología y la economía humanas sobre el medio ambiente.

Lo que diré en esta oportunidad no se vincula con esos planteos apocalípticos. Parto de la base de que si la especie humana sobrevivió al siglo XX, también logrará sobrevivir al XXI. Sin embargo, como historiador comprendo la alarma de mis colegas científicos, aun cuando no pueda debatir sus argumentos.

De acuerdo con las varas de medir de la geología y la paleontología, la historia del *Homo sapiens* es notablemente breve. Si me atengo a recientes declaraciones de especialistas en el ADN, los asentamientos humanos en Eurasia y el Pacífico se remontan a 60.000 años atrás, a lo sumo, y en América a muchos menos. La agricultura tiene apenas 10.000 años de antigüedad, la metalurgia, 6.000 años,¹ la escritura surgió en China hace 4.000 años, y la escritura alfabética quizá tenga 3.000 años de vida, o, según la medición tradicional, 120 generaciones. El crecimiento demográfico se ha acelerado desde el siglo XV en adelante y la transformación que ha sufrido el mundo por tal motivo fue extraordinaria. Alrededor del año 1800 la población mundial llegó a unos mil millones de individuos, y a partir de ahí hubo un crecimiento demográfico sorprendente,² intensificado

¹ Véase Alan Cramb, *A Short History of Metals*, Carnegie Mellon University, 2005. Disponible en línea: neon.mems.cmu.edu/cramb/Processing/history.html

² Según McEvedy y Jones, de unos cinco millones en el año 5000 a.C. se pasó a unos doscientos millones en el año cero; desde entonces la expansión fue más lenta, y la población se duplicó en 1.300 años. Volvió a duplicarse entre 500 y 600 años después, y nuevamente en los 150 años que van de 1750 a 1900. Tras unas pocas décadas de crecimiento lento en las primeras décadas del siglo XX, en los últimos sesenta años no solo

por las nuevas fuentes de energía y tecnología en una revolución constante. Alrededor de 1930 se llegó a los dos mil millones, y tras una o dos décadas se inició un aumento vertiginoso que casi triplicó esa cifra en los últimos sesenta años. Las mejores estimaciones indican que, a mediados del siglo XXI, la población se estabilizará en unos diez mil millones –y si no se estabiliza, el mundo se verá en problemas–, pero en cuanto al pasmoso poder humano de transformar el ambiente natural y biológico, no hay signos de que su crecimiento se desacelere.

En otro lugar he sugerido que la historia humana de los últimos cinco mil años semeja la aparición de una supernova biológica, el surgimiento explosivo de una nueva especie, que probablemente genere una catástrofe si no se encuentra la manera de frenar su crecimiento y sus actividades. Esto se ha vuelto más evidente aún al ingresar en el tercer milenio.

A comienzos del siglo XXI, el mundo se caracteriza por tres procesos principales:

- La enorme fuerza y ritmo acelerado de nuestra capacidad de producción, que puede cambiar la faz del planeta. Este proceso continúa y continuará.
- La globalización, acelerada por la revolución de los transportes y las comunicaciones, y que en sí misma también se acelerará. Deben señalarse dos cosas: a) sus efectos más poderosos proceden, directa o indirectamente, de la globalización **económica**; y b) opera en todos los campos, excepto los del poder político y la cultura, en la medida en que éstos se relacionan con el lenguaje.
- El cambio reciente pero acelerado en la distribución de la riqueza, el poder y la cultura respecto de la pauta establecida en el período 1750-1970, aunque la nueva pauta todavía permanece indeterminada.

se duplicó sino que casi se triplicó, alcanzando en 2006 una cifra estimada en 6.500 millones de habitantes. Véase US Census Bureau, *Historical Estimates of World Population*, disponible en línea: www.census.gov/ipc/www/worldhis.html.

El incremento de nuestra capacidad de producción (y de consumo) apenas necesita ser documentado. Al respecto haré tres comentarios, directamente vinculados a la situación mundial en este siglo.

El primero se refiere a la explotación de activos fijos cuyo abastecimiento es naturalmente limitado. Esto no incluye sólo a las fuentes de energía provenientes de los combustibles fósiles –carbón, petróleo y gas–, en los que se ha basado la industria desde el siglo XIX, sino a las fuentes más antiguas de las civilizaciones: la agricultura, la silvicultura y la pesca. Los límites naturales a que nos referimos son ora absolutos –por el tamaño de los depósitos geológicos o de las tierras cultivables–, ora relativos –cuando la demanda supera la capacidad de renovación del recurso, como en el caso de la pesca o la tala de árboles excesivas–. Hasta fines del siglo XX, el mundo aún no había llegado a los límites absolutos ya sea de los yacimientos de energía o de las tierras cultivables dado el aumento de la productividad agrícola, aunque en la segunda mitad del siglo disminuyó el ritmo de cultivo de nuevas tierras.³ Entre 1960 y 1990, se duplicó o más el rendimiento por hectárea del trigo, el arroz y el maíz,⁴ pero comenzó a verse afectada seriamente la capa boscosa de la Tierra. En menor escala, la deforestación ha sido un problema de antigua data, que dejó una marca permanente en algunas regiones, en particular la del Mediterráneo. La pesca excesiva comenzó a alcanzar su punto crítico en el Atlántico Norte en los últimos treinta años del siglo XX, y en el caso de ciertas especies muy divulgadas se está tornando mundial. Hasta cierto punto, esto ha sido compensado por el impresionante aumento de la "maricultura" o los cultivos marinos, que en la actualidad produce alrededor del 36% (en cantidad) de los peces y productos del mar que consumimos –más o menos la mitad de las importaciones de pescado de Estados Unidos,⁵ Si bien la maricultura se encuentra hoy en su infancia –nadie ha podido hasta ahora criar atunes, aunque en México, Australia y el Mediterráneo se los pesca y engorda–, puede llegar a ser la innovación más importante en cuanto a la producción de alimentos desde que se inventó la agricultura. Digamos al pasar que el enorme aumento de los productos alimenticios, que hoy permiten a

³ Véase John McNeil, *Something New Under the Sun: An Environmental History of the 20th Century*, Londres, The Penguin Press, 2000, Cuadro 7.1.

⁴ *Ibid*, Cuadro 7.3.

⁵ FAO, "State of the World's Fisheries & Agriculture", en *GreenFacts: Convention on Biological Diversity*, Disponible en línea: <http://www.greenfacts.org>.

seis mil millones de personas vivir mejor que los dos mil millones de principios del siglo XX, se logró merced a los métodos tradicionales (cría selectiva, rotación de los cultivos, uso de fertilizantes, etc.) complementados por la tecnología mecánica y química. El argumento de que la humanidad no podría subsistir sin manipulación genética es insostenible.

El agotamiento de los recursos no renovables planteará, sin duda, problemas fundamentales en el siglo XXI, en especial si se aborda seriamente la crisis del medio ambiente. No me extenderé sobre este punto aquí.

Mi segundo comentario se refiere al impacto que tiene sobre la mano de obra la revolución tecnológica, que ha impulsado los niveles de producción a la estratosfera. En la segunda mitad del siglo XX, por primera vez en la historia, la producción humana dejó de ser intensiva en mano de obra y pasó a ser intensiva en capital, y, cada vez más, intensiva en información. Las consecuencias han sido dramáticas. La agricultura se convirtió en la actividad que más descarta el trabajo humano. En Japón, la población agraria pasó del 52,4 % después de la Segunda Guerra Mundial al 5 % en la actualidad; en Corea del Sur y Taiwán sucedió más o menos lo mismo. Incluso en China, la proporción de personas que trabajan en tareas agrícolas descendió del 85 % en 1950 a alrededor del 50 %. No necesito documentar aquí la hemorragia de campesinos que ha sufrido América Latina desde la década de 1960. En suma, si se exceptúa a la India y algunas áreas de África al sur del Sahara, no quedan ya países agrarios en el mundo. La disminución espectacular de la población rural ha sido más que compensada por el aumento de la población urbana, que en el mundo en vías de desarrollo cobró la forma del auge de las grandes urbes. De las 50 ciudades que más han crecido en el mundo, todas menos una se hallan en el mundo en vías de desarrollo.⁶

En el pasado, este caudal de trabajadores baratos, no calificados, eran absorbidos por la industrialización (las minas, las fábricas, la construcción, el transporte, etc.). Sigue siendo obviamente así en China, pero el mundo en su conjunto, incluidos ciertos sectores de

⁶ Véase The Economist, *The World in 2005*.

la propia industria de los países en desarrollo, ha estado desechando trabajadores, y nunca con tanta rapidez como en los últimos treinta años. La desindustrialización no solo significa el traslado de la producción de las regiones de alto costo a las de bajo costo, sino que el proceso lleva implícita la sustitución de la mano de obra calificada, cuyos costos son inelásticos y aumentan con el desarrollo económico, por la tecnología, cuyos costos son cada vez menores. El Sindicato Unido de los Trabajadores de la Industria Automotriz de Estados Unidos ha perdido desde 1980 más de la mitad de sus afiliados; hoy le quedan menos de 600.000. (¿Dónde ha quedado la época en que se jactaba de tener más de un millón y medio?) Pero también Brasil emplea una tercera parte menos de trabajadores, pese a que en 1995 produjo casi el doble de automotores que en 1980.⁷ El incremento del sector servicios de la economía producido por el crecimiento económico no brinda, en general, una adecuada salida alternativa a este excedente de mano de obra masculina, rural o industrial, casi siempre poco instruida y carente de flexibilidad para su capacitación – aunque hasta ahora, al menos en los países desarrollados, haya beneficiado relativamente a las trabajadoras femeninas–.

Gran parte de estos operarios son absorbidos por la economía "en negro" o informal, que según estimaciones de la Organización Internacional del Trabajo comprende el 47 % del empleo no agrario en Medio Oriente y el Norte de África, el 51 % en América Latina, el 71 % en Asia y el 72 % en África al sur del Sahara⁸. El problema se ha presentado con mayor agudeza aún en los países en desarrollo más pobres, así como en las economías transicionales devastadas de la ex URSS y los Balcanes, donde se ha estimado que la economía en negro representa más del 45 % del PBI. Incluso en los países más pobres de la Unión Europea (Hungría, Polonia, Eslovaquia, Rumania y Grecia) puede llegar a ser un tercio del PBI⁹. Si bien se ha defendido, principalmente en América Latina, la eficacia y flexibilidad de la economía informal, lo cierto es que en los países industriales desarrollados ella es mucho menor (alrededor del 10 %, quizás un 15 % en Estados Unidos). En la India es particularmente notorio el contraste entre el rápido crecimiento

⁷ Mariano Francisco Laplane y Fernando Sarti, "Costs and Paradoxes of Market Creation: Evidence and Argument from Brazil", *Competition and Change*, Vol. 6, núm. 1, 2002, pp. 127-143.

⁸ Véase *Key Indicators of the Labour Market Programme*, disponible en línea: <http://www.ilo.org>

⁹ Véase Friedrich Schneider y Dominik Ernste, "Shadow Economies: Size, Causes and Consequences", *Journal of Economic Literature*, Vol. 38, Num. 1, 2000, pp. 77-114.

económico y la dificultad para generar empleo suficiente. El crecimiento de este país se ha basado en industrias intensivas en capital y en información; el 83 % de su fuerza laboral no agraria se halla en el sector informal, y el gobierno del Dr. Manmohan Singh sólo ha garantizado una cantidad mínima de jornadas laborales anuales a los habitantes pobres de las zonas rurales.

Mi tercer comentario es bastante obvio: el enorme aumento en la capacidad de producción humana se ha basado crecientemente en el conocimiento y la información, vale decir, en un conjunto cada vez más amplio de personas con muy alto nivel de instrucción – que no necesariamente son profesionales dedicados a la investigación y el desarrollo–. En este ámbito, la riqueza acumulada y el capital intelectual de los países de Occidente a partir de su industrialización le siguen dando al Norte una ventaja enorme, que aún no ha podido ser reducida en medida importante por los países en vías de desarrollo. Ciertamente es que con los años, y en especial desde 1980, ha aumentado la cantidad de asiáticos que fueron laureados con el Premio Nobel, pero continúa siendo pequeña (hasta el año 2007 eran 19 en total).

Los recursos intelectuales del resto del mundo en desarrollo siguen sin ser explotados, sobre todo en América Latina, en el sur de Asia y en el mundo musulmán, para no hablar de África. Más aún, en tanto y en cuanto los más idóneos investigadores jóvenes de los países en desarrollo solo pueden trabajar en los grandes centros de estudio de los países del Norte, ello refuerza el abrumador predominio de estos países sobre los demás.

Sin embargo, en el siglo XXI estamos asistiendo, en forma muy reciente, a una rápida transferencia de las actividades innovadoras que están en la base del progreso moderno, antes monopolizadas por la región del Atlántico Norte. En China se estableció el primer laboratorio extranjero de investigación y desarrollo en 1993 (Motorola), pero en los años siguientes hicieron lo propio 700 empresas transnacionales especializadas en el diseño de semiconductores, principalmente en el Sur y Este asiáticos.¹⁰ También en este aspecto es probable que las disparidades regionales aumenten, por cuanto el avance depende de la

¹⁰ Véase UNCTAD, *World Investment Report*, 2005. Disponible en línea: <http://www.unctad.org>

eficacia de los gobiernos y de la existencia de una infraestructura adecuada, pero sobre todo de que la población tenga un nivel de instrucción bastante superior al básico. No hay duda alguna de que en países como la India, y en menor medida Brasil, ese avance está detenido por la escasa extensión y comparativa deficiencia de la escolaridad de la mayoría de la población, aunque, hasta cierto punto, esto ha sido compensado por un buen uso de la cantidad, relativamente pequeña, de personas muy bien instruidas. En este aspecto, al mundo en desarrollo le queda un largo camino por recorrer. El llamado "Índice de Capacidad Innovadora" calculado por la UNCTAD aún sigue ubicando al Sudeste y el Este asiáticos bien por debajo de países intelectualmente devastados, como la ex URSS y los de los Balcanes, y dos tercios por debajo de las economías avanzadas, pero un tercio por encima de América Latina y de las regiones musulmanas de Occidente, con niveles que son el doble que los del Sur de Asia (cifra algo sorprendente) y tres veces superiores a los de África al sur del Sahara.¹¹

El surgimiento de ciertas regiones y el atraso de otras, así como las crecientes disparidades entre ellas, son sumamente evidentes. En el año 2005, los países más atractivos para invertir en I & D eran, en ese orden, China, Estados Unidos, la India, Japón, el Reino Unido y Rusia. Entre los países latinoamericanos, Brasil ocupaba el 19º lugar (después de Austria) y México el 23º.

II

Pasaré a ocuparme ahora de la globalización, vale decir, del desarrollo del mundo como una unidad, dentro de la cual las comunicaciones y transacciones no se ven entorpecidas por fronteras nacionales o de otra índole. En principio, esto no es nuevo. Teóricos como Wallerstein hacen remontar el "Sistema Mundial" al siglo XVI (de la era cristiana), cuando se logró la circunnavegación del globo terráqueo; y en los últimos 250 años ha habido grandes avances en materia de globalización económica y de las comunicaciones. No obstante, la comparación de la fase actual del proceso con las

¹¹ *Ibid*, p. 25.

anteriores, en especial las previas a la economía globalizada de 1914, no es pertinente. Esa economía nunca abordó seriamente la producción o distribución mundial de los bienes materiales, aunque creó una corriente de transacciones financieras en todo el globo –pero a menor escala y velocidad que las astronómicas de hoy–. Empero, esa economía era comparable con la fase actual, y aun más avanzada que ésta, en un aspecto, a saber: fue una época de migración de mano de obra casi irrestricta. Además, si bien ya a mediados del siglo XIX las comunicaciones sufrieron una revolución, primero con los sistemas postales eficaces y el telégrafo eléctrico, y luego gracias a los organismos de coordinación internacional, el número de personas involucradas en transacciones internacionales era mucho menor que ahora. De hecho, la globalización de la **producción** solo fue posible gracias a la revolución de las comunicaciones, que abolió virtualmente las limitaciones de espacio y tiempo, así como por la otra revolución, menos espectacular, que tuvo lugar en el transporte de mercancías (cargas aéreas y contenedores) desde alrededor de 1960 y, con menor innovación tecnológica, de seres humanos. Hay tres puntos destacables:

El primero es la peculiar naturaleza de este proceso desde la década del setenta, con el triunfo sin precedentes de un capitalismo que se basa en la libre movilidad mundial de todos los factores de la producción (con una sola excepción, de la que me ocuparé enseguida) y gobiernos que no interfieren en la asignación de recursos por parte del mercado. No es necesario recordar que ésta no es la única versión posible de la globalización. En las décadas anteriores a 1914, el progreso fue paralelo a un renacimiento de las políticas proteccionistas, moderadas en la mayoría de los países industriales y extremas en Estados Unidos. En las décadas doradas posteriores a 1945, fue de la mano de políticas de sustitución de importaciones en el mundo no comunista, que no resultaron ineficaces. Suponiendo que consideremos deseable un crecimiento económico máximo, no está para nada claro que se requiera un programa neoliberal extremo para lograrlo. En el "mundo capitalista avanzado",¹² el mayor crecimiento del PBI per cápita no se obtuvo durante el "régimen liberal" de 1870 a 1913, ni en el "régimen neoliberal" de 1970 a 1998, sino en los "años dorados" de 1950 a 1973. (Las respectivas tasas de crecimiento fueron 1,56, 1,98 y 3,72). A comienzos del siglo XXI, el crecimiento económico mundial se funda,

¹² Véase Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, OECD, 2001. Cuadro 3.5, p. 129.

primordialmente, en el dinamismo de lo que Maddison denomina "las 15 economías resurgentes de Asia", cuyo crecimiento ha sido sorprendente. Pero la extraordinaria revolución industrial de Corea del Sur, Taiwán, China, y, desde principios de la década del noventa, incluso la India, no fue presidida por el neoliberalismo. A la inversa, la situación de las 168 economías ajenas a esta dinámica económica mostró un agudo deterioro relativo en el último trimestre del siglo, y, desde luego, una situación catastrófica en los países sucesores de la URSS y de los Balcanes, así como en algunas regiones de África.¹³ Incluso una medida tan obvia de la globalización como el volumen mundial de exportaciones de mercancías fue menor en el período neoliberal que en la "edad dorada" (las cifras respectivas son; 5,07 % anual, 7,88 % anual).¹⁴

Varios aspectos de esta globalización neoliberal tienen directa relevancia para la situación general del mundo a comienzos del siglo XXI. Primero, la desigualdad económica y social ha experimentado un franco aumento, tanto en el plano internacional como nacional. La desigualdad internacional puede a la larga disminuir, debido al dinamismo de las economías de Asia y otros países capaces de ponerse a la altura de las antiguas potencias capitalistas, pero en el caso de la India y de China, con sus miles de millones de habitantes, la brecha es tan grande que para alcanzar el PBI per cápita de Estados Unidos (35 veces superior al de la India y 71 veces superior al de China) apenas pueden avanzar al ritmo de un caracol. Y lo que es más importante, el valor práctico de estos avances se ve también reducido por la brecha cada vez mayor entre los ricos y los pobres dentro de cada país. Sería insensato mencionar a los 53 billonarios de Rusia¹⁵ como índice del nivel de vida comparativo de ese país. Ellos son una consecuencia más de la globalización neoliberal, la novedad de un pequeño grupo de supermillonarios mundiales, tan acaudalados que sus activos pueden equipararse con el ingreso nacional de países como Eslovaquia, Eslovenia o Kenia, o, en el caso de los principales de ellos, con el PBI de Nigeria, Ucrania o Vietnam. Que el crecimiento económico haya producido en la India un mercado de clase media al estilo occidental, cuya riqueza se cuenta en decenas (algunos dicen centenas) de millones de dólares, no hace sino poner aún más de relieve que el 43 %

¹³ *Ibid*, pp. 128-129.

¹⁴ *Ibid*, Cuadro 3.2.a, p. 127.

¹⁵ Véase *Forbes List of the World's Richest People*, 2007. Disponible en línea: <http://www.forbes.com>

de la población de ese país vivía en 2005 con menos de un dólar diario.¹⁶ Las vastas, crecientes y demasiado visibles desigualdades de riqueza, poder y oportunidades de vida no son una buena receta para la estabilidad política.

La segunda característica de la globalización neoliberal, en la que colaboraron, por decir así, las políticas socialmente miopes del FMI, ha sido el fuerte aumento de la inestabilidad económica, en particular el impacto de las fluctuaciones económicas. Los viejos países industriales han estado comparativamente al resguardo de las depresiones cíclicas, si se exceptúan los vaivenes de corto plazo en los mercados de valores, pero en gran parte del mundo –y en especial en América Latina, el Sudeste y el Este asiáticos y los países herederos de la Unión Soviética– las repercusiones fueron dramáticas. Basta pensar en la crisis brasileña de comienzos de la década del ochenta, la de fines de la del noventa en Indonesia, Malasia, Tailandia y Corea del Sur, y la de principios de la del 2000 en la Argentina. Recordemos algunos de los cambios políticos que sucedieron a estas crisis. La volatilidad económica no es favorable a la estabilidad política y social. De hecho, en *The War of the World*, Niall Ferguson ha argumentado en forma convincente que ella ha sido una de las causas de la brutal historia del siglo XX.

La tercera característica de la globalización neoliberal es que, al sustituir un conjunto de economías nacionales interactuantes por una única economía global, reduce seriamente la capacidad de los gobiernos para influir en las actividades económicas que se desenvuelven en su territorio o lo afectan, y aun en su posibilidad de derivar ingresos de ellas. Esta situación ha sido tanto más aguda cuanto que la mayoría de esos gobiernos aceptaron la lógica neoliberal. Desde que se puso fin a las economías de planificación centralizada, todos los Estados, incluso los de mayor magnitud, están en mayor o menor medida a merced de "el mercado". Esto no significa que hayan perdido todo su poder económico. En primer lugar, los gobiernos, centrales y locales, por la índole misma de su actividad son grandes empleadores de mano de obra en su territorio. Lo que es más, han conservado gran parte de su principal patrimonio histórico, el monopolio de la ley y del poder político. No obstante, ya no operan como actores económicos en la escena mundial,

¹⁶ Banco Mundial, *World Debt Indicators*, 2005. Disponible en línea: <http://www.worldbank.org>

ni siquiera como los creadores de los libretos, sino apenas como escenógrafos y *régisseurs*. Y todos los actores, aun las grandes empresas transnacionales, deben tenerlos en cuenta, porque son además los dueños de los teatros en los que se despliega el drama. (Enseguida retomaré esta cuestión política). Pero lo cierto es que la globalización neoliberal ha debilitado mucho a los Estados nacionales como dueños del poder y elaboradores de las políticas públicas.

Desde el punto de vista político, el aspecto más preocupante de este debilitamiento es que priva a los Estados (sobre todo los de las economías desarrolladas del Norte y el Oeste, con sus ambiciosos y generosos planes de seguridad social) de lo que desde Bismarck los gobernantes reconocen como el principal instrumento para mantener la estabilidad social y política: el Estado providente o benefactor (*welfare State*). En su lugar, el fundamentalismo del mercado brinda la perspectiva de una prosperidad para todos, o casi todos, merced a los beneficios de un crecimiento económico interminable. Ahora bien: incluso en países como Gran Bretaña, donde el programa neoliberal ha conllevado una auténtica y bien distribuida prosperidad, la demanda de los ciudadanos por empleos, un ingreso mínimo garantizado, servicios de salud y jubilación no ha mermado; lo único que mermó fue la capacidad o disposición del Estado para proporcionarlos.

Esto me lleva al segundo de los puntos sobre la globalización que mencioné anteriormente: en verdad, ésta ha sido casi universal, en mayor o menor grado, pero no ha afectado a una importante actividad humana, la actividad política. Existe una dinámica histórica que ha creado una economía mundial, pero no existe ninguna que haya creado un gobierno mundial. Las Naciones Unidas y todas las organizaciones internacionales perduran por autorización de los Estados o para su conveniencia. En todo el globo, las únicas autoridades dueñas del poder de la ley y de la fuerza física son los Estados. De hecho, durante el siglo XX el final de los imperios, antiguos y modernos, así como la fijación de las fronteras nacionales durante la Guerra Fría, invirtieron la tendencia anterior a la concentración política por medio de la expansión imperial y la creación de Estados nacionales más amplios. Esto fue, por implicación, una "anti-globalización". En la actualidad hay casi cuatro veces la cantidad de Estados nacionales legalmente soberanos

que había hace un siglo (unos 52 en África, donde había 2; unos 47 en Asia, donde había 5). Por supuesto, en cierto sentido esta multiplicación de países ha favorecido la globalización económica, ya que muchas de las entidades políticas más pequeñas o diminutas dependen por completo de la economía global, ya sea para abastecerse de materias primas indispensables, como el petróleo, o como destinos turísticos, o como convenientes bases extraterritoriales para las empresas transnacionales y la evasión impositiva. A su vez, algunos de estos países se han beneficiado en forma desproporcionada de la globalización. En 2004, de los 15 países con mayor PBI per cápita, 12 tenían una población que iba de menos de 100.000 habitantes a 10 millones.¹⁷ La mayoría carece de un poder propio independiente. Pero aun los países más pequeños y los movimientos étnicos que aspiran a constituir un Estado son rocas que quiebran las oleadas de la globalización. Ha habido algunos intentos ocasionales de contrarrestar la fragmentación política del globo, principalmente mediante la creación de zonas regionales de libre comercio, pero solo la Unión Europea fue más allá de sus primitivos objetivos económicos. Y ni siquiera ella muestra signos de convertirse en el Estado europeo federal o confederal que imaginaban sus fundadores, y sigue siendo un producto específico, probablemente irreplicable, de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría en un único lugar del planeta.

Por otra parte, los Estados son la sede de la actividad política, y ésta cuenta con considerable vigor internacional en una era en la que casi todos los países, democráticos o no, y hasta teocráticos, deben tomar en cuenta lo que piensan sus ciudadanos. Ese vigor ha sido suficiente para poner freno a la globalización neoliberal. El ideal de la sociedad global de libertad de mercado presume que la asignación irrestricta de los recursos y los resultados se efectuará según los criterios del mercado. Pero, por motivos políticos, ningún Estado puede darse el lujo de dejar en manos del mercado la distribución del ingreso nacional. La globalización exige hablar un único lenguaje mundial (una versión globalizada del inglés), pero como ha demostrado la historia reciente de Europa y el Sur de Asia, los Estados pagan un alto precio si no tienen en cuenta la o las lenguas que se hablan en su territorio. Un planeta neoliberal exige la libertad transnacional de movimientos para todos los factores de

¹⁷ Véase The Economist, *The World in 2005*.

la producción, pero no existe total libertad de movimientos para la mano de obra, pese a que, dado el abismo que separa el nivel salarial de los países ricos y pobres, incontables millones de pobres del mundo quieren migrar a economías desarrolladas. La Unión Europea es un mecanismo para detener la inmigración foránea; Japón ni siquiera sueña con permitirla; hasta Estados Unidos ha pensado en crear un Muro de Berlín contra la inmigración masiva a través del Río Bravo. ¿Por qué? Porque ningún gobierno democrático de los países desarrollados puede hacer a un lado la resistencia masiva de su pueblo contra la inmigración irrestricta, resistencia basada en razones tanto económicas como culturales. No la estoy defendiendo: simplemente señalo su enorme fuerza.

Así pues, la actividad política, a través de la acción del Estado, constituye un contrapeso frente a la globalización económica, aunque pocos países hoy rechazan sus ventajas, o podrían detenerla en su territorio suponiendo que las rechazaran. Por cierto, no todos los países son iguales. En verdad, la multiplicación de países pequeños, virtualmente impotentes, ha conferido mayor prominencia y peso mundiales al puñado de naciones económicamente gigantescas, o de uniones de países, que dominan el mundo actual: China y la India, Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia, Japón y Brasil, los que abarcan casi la mitad de la población del mundo y producen casi las tres cuartas partes del PBI total. La globalización económica opera a través de empresas transnacionales sin poder político y militar, pero que funcionan en el marco establecido por estos países, sus políticas, alianzas y rivalidades.

Pero la globalización avanza y seguirá haciéndolo, aun cuando (no es imposible que esto ocurra) en las próximas décadas decaiga el ritmo con que se intenta alcanzar el libre comercio universal. Esto me lleva a mi tercer enunciado sobre la globalización: la creación de una economía mundial única, totalmente interconectada y no entorpecida por las fronteras nacionales, está aún en su infancia. Así, si tomamos la proporción de exportaciones de bienes respecto del PBI en las 56 naciones económicamente significativas, vemos que alcanzó su punto máximo alrededor de 1913, con un 9 % aproximadamente del PBI conjunto, pero desde entonces y hasta la década del noventa solo creció hasta un 13,5

%, vale decir, no llegó siquiera a duplicarse¹⁸. El Konjunkturforschungstelle del Instituto Federal Suizo de Tecnología, de Zurich, intenta medir esta cifra en forma periódica. Para medir el grado de globalización económica, asigna ponderaciones al flujo comercial, la inversión directa extranjera, las inversiones de cartera y las remesas, y (en forma negativa) a las restricciones debidas a aranceles aduaneros, las barreras encubiertas a las importaciones, los impuestos al comercio internacional y los controles de las cuentas de capital. Para medir la globalización social, toma en cuenta información relativa a contactos personales, como el tráfico telefónico, las transferencias, el turismo internacional, el porcentaje de extranjeros que viven dentro de un país y la cantidad de cartas internacionales per cápita, así como la relativa a los flujos de información, como los poseedores de sitios de Internet, los usuarios de Internet y de la televisión por cable, y las transacciones comerciales realizadas por vía de periódicos o radios. Por último, agrega ciertos datos sobre la "proximidad cultural", como la cantidad de locales de McDonald's y de IKEA * per cápita y la compraventa de libros. Este índice permite determinar que los diez países principales donde se produjo la globalización económica incluyen una única economía importante, la del Reino Unido (en el décimo lugar); los nueve primeros son Luxemburgo, Singapur, Irlanda, Bélgica, Estonia, Países Bajos, Austria, Suecia y Portugal. Entre los grandes países desarrollados, Francia ocupa el 16º lugar, Estados Unidos el 39º, algo por encima de Alemania y Noruega, y Japón el 67º. Turquía tiene el puesto número 52, China el 55, Brasil el 60, Rusia el 76 y la India el 105. Entre las economías latinoamericanas y del Caribe, la más globalizada es la de Chile, que figura en 15º lugar, pero aparte de Panamá y de dos islas del Caribe, no hay ningún otro antes del puesto número 40. México tiene el 65. En cuanto a la globalización social, el orden está distribuido más parejamente entre las economías occidentales desarrolladas. Los veinte primeros puestos los ocupan las principales economías del mundo, salvo Estados Unidos, que tiene el lugar número 23, e Italia, que tiene el 30. Rusia tiene el 39, China el 62 y la India el 95. En general, si se deja de lado a América Latina, podría decirse que la globalización social (o, si se prefiere, cultural) está más avanzada que la económica. Jamaica y Costa Rica son los países latinoamericanos mejor ubicados, cerca del puesto número 40, México tiene el 61 y Brasil

¹⁸ Angus Maddison, *op. cit.*, Cuadros 2-4, p. 37.

* Compañía internacional de muebles creada por el empresario sueco Ingvar Kamrad. (*N. del T.*)

apenas llega al 86. Como curiosidad, digamos que Myanmar (la ex Birmania) es la última en ambas mediciones de la globalización.¹⁹

Esto significa que el planeta sigue tan expuesto como siempre a las conmociones y tensiones propias de una mayor globalización. Téngase en cuenta que, aun cuando en los últimos treinta años se asistió a la mayor emigración masiva de la historia, hasta ahora solo el 3 % de la población mundial vive en un país que no es el propio. Dejo a juicio de los lectores suponer hasta qué punto el avance relativamente modesto que ha hecho la globalización indica que el proceso tiene limitaciones.

III

Si queremos evaluar el cambio habido en el equilibrio mundial de riqueza, poder y cultura, primero debemos definir qué entendemos por equilibrio, o más bien desequilibrio, mundial, según se manifestó en el período 1750-1970. Con una sola excepción –la cantidad de población–, implicó el predominio casi absoluto de la región del Atlántico Norte, confinada al principio a ciertos países europeos relevantes, pero que se fue inclinando cada vez más, durante el siglo XX, hacia las ex colonias de emigrantes europeos en América del Norte, y específicamente hacia Estados Unidos. Europa y las zonas colonizadas por emigrantes europeos nunca abarcaron más que una minoría de la población mundial: un 20 %, digamos, en 1750, aunque puede haber aumentado al 30-35 % en 1913. Desde entonces fue disminuyendo hasta llegar al 15 % actual.

En todos los demás aspectos, el predominio de los países del Atlántico Norte fue casi absoluto. No importa lo que haya sucedido antes, lo cierto es que la economía del mundo moderno fue transformada por tecnologías occidentales, y por un sistema capitalista nacido y centrado en Occidente. Pero aquí debemos trazar un distinguo entre la fase europea original de dicho predominio y la fase norteamericana más reciente. En el siglo XIX, la dinámica mundial provenía de un capitalismo cuyo eje era Europa, ya que Estados Unidos

¹⁹ Véase KOF Index of Globalization 2007, disponible en línea:
http://globalization.kof.eth.ch/static/pdf/rankings_2007.pdf#html.

era en gran medida una economía autónoma. Hasta el siglo XX, los efectos de esta última en América Latina eran incluso menores que los de Gran Bretaña. Los territorios del mundo habían sido divididos y ocupados por potencias europeas del Atlántico Norte: los ingleses, franceses, holandeses, belgas, alemanes, y, en el continente asiático, los imperios rusos. Aun los que quedaban de las antiguas conquistas españolas y portuguesas del siglo XVI después de que América Latina se volvió independiente funcionaban, en gran medida, como apéndices de Gran Bretaña (v. gr., Mozambique y Angola). En términos militares, la situación no estaba tan desequilibrada, pero ninguna potencia que careciera de los recursos técnicos y organizativos de Occidente era capaz de resistir a otra que los tuviera. En el campo intelectual, salvo el religioso, las ideas que cambiaron el mundo político y cultural vinieron de Europa. Modernización significó occidentalización. Aunque la ciencia y la tecnología eran internacionales, venían de Europa y de sus vástagos, y habían sido virtualmente monopolizadas por los países de esa región. Lo mismo ocurrió con la alfabetización masiva y, en un plano más alto, con la comunicación impresa a través de libros y revistas.

En términos del poder económico, la globalización fortaleció la situación de los centros primitivos de la industrialización y el desarrollo capitalista del Norte, lo cual multiplicó, a su vez, la distancia entre la riqueza per cápita de estos países y la de los del resto del mundo, y brindó a sus habitantes un extraordinario nivel de vida, de seguridad social y de oportunidades vitales en general. Esos países sumaban entre todos, en la década del sesenta, alrededor del 88 % de la producción industrial,²⁰ alrededor del 70 % del comercio mundial²¹ y, hasta el comienzo del presente siglo, más del 60 % del PBI global y mucho más del 80 % de la totalidad de las corrientes de capital.

En lo tocante a lo que podría llamarse el "capital intelectual", el monopolio que ejercen estos países sobre la ciencia y la alta tecnología continúa, aunque después de la Segunda Guerra Mundial el centro de gravedad pasó de Europa a Estados Unidos. En lo relativo a las ideas públicas, hasta la revolución iraní de 1979 tanto los gobiernos como los

²⁰ Walt W. Rostow, *The World Economy: History and Prospect*, Austin y Londres: University of Texas Press, 1978. pp. 52-53.

²¹ *Ibid*, Cuadro II.8, pp. 70 y ss.

que querían derrocarlos se inspiraron universalmente en ideologías de origen europeo o norteamericano, nacidas de las revoluciones norteamericana, francesa y rusa, las que promovieron la independencia de los países e incluso el fascismo. Las repercusiones de estas ideas occidentales han sido poderosas y generalizadas, como lo demuestra el hecho de que hoy, "por primera vez en la historia, hay una única y clara forma de Estado predominante, la república representativa y constitucional moderna",²² vigente en un único tipo de Estado, el "Estado nacional" territorial.

Ésta era la situación que comenzó a cambiar drásticamente hacia fines del siglo pasado, y que afectó de modo desigual a distintas partes del mundo. Las principales regiones del planeta tienen en el siglo XXI una estructura demográfica muy diferenciada. En 2006 se estimó que en los países que comprendían más o menos la mitad de la humanidad, los menores de 15 años constituían entre el 15 y el 50 % de la población. Para ser más precisos, hay cuatro regiones "jóvenes" de este tipo: América Latina y el Caribe, al norte del Cono Sur; África al sur del Sahara; la gran región musulmana del oeste de Asia y el norte de África; y el Sur/Sudeste de Asia. Evidentemente, debe distinguirse el subcontinente de la India del Sudeste asiático. No tomo en cuenta los archipiélagos del Pacífico, de escasa importancia cuantitativa. Entre los países del globo en proceso de "envejecimiento" o que pronto lo estarán, hay tres regiones desarrolladas o en rápido desarrollo: Europa en sentido amplio, incluida Rusia y los ex países comunistas (y excluidas las repúblicas musulmanas de Asia); América del Norte y Australasia, que representan las regiones originalmente pobladas o colonizadas por europeos blancos; la tercera es el Este asiático, o sea, China, Corea del Sur, Japón, Hong Kong, Taiwán y Singapur. Por supuesto, existen grandes diferencias entre América del Norte, la Unión Europea y los ex países comunistas de Europa oriental y Rusia. A los fines del presente trabajo, no me interesa analizar las razones de este esquema ni discutir el problema de la extensión de la transición demográfica global que, según se espera, estabilizará una población mundial bastante superior a los seis millones de personas.

²² John Dunn, *The Cunning of Unreason: Making Sense of Politics*, London, Harper Collins, 2000, p 210.

Es evidente que la humanidad del siglo XXI incluirá una proporción mucho menor de europeos o de blancos descendientes de europeos, una menor proporción de personas oriundas del Este asiático, y una proporción mucho mayor de latinoamericanos, africanos del sur del Sahara, musulmanes asiáticos y habitantes del Sur/Sudeste asiático. Esto tendrá relevancia inmediata para la distribución de la pobreza en el mundo, concentrada a todas luces en las regiones de rápido crecimiento demográfico –salvo en el Sudeste asiático, donde el desarrollo económico la ha reducido, y en los países occidentales herederos del comunismo, que aún no se han recuperado de la catastrófica caída de la URSS–. En cambio, si bien sus implicaciones para la distribución de la riqueza y el poder económicos no son inmediatas, no carecen de relevancia. Así pues, de las seis entidades políticas que son hoy centros de poder económico, solo dos (la India y Brasil) se encuentran actualmente en zonas de crecimiento demográfico, en tanto que cuatro (Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y China) están en regiones demográficamente estancadas o en declinación. En África al sur del Sahara, el mundo musulmán occidental y el Sudeste asiático no hay países de este tipo.

La globalización y el desarrollo económico han llegado a estos países de manera muy desigual. De hecho, el "mundo en desarrollo" actual se divide en tres categorías: los países de rápido desarrollo, aquellos cuya función principal en la economía global es ser proveedores de materias primas y de combustibles fósiles, y aquellos que revisten poca importancia para la economía global. En nuestros días, el Este asiático es el ejemplo más exitoso de los primeros, la ex URSS y la mayoría de los países musulmanes occidentales pertenecen a la segunda categoría, y la mayoría de los de África al sur del Sahara, a la tercera.

El cambio fundamental que comenzó en la década del setenta y ha cobrado rápido ritmo hoy con la industrialización de China es el traslado del centro de gravedad de la economía mundial de América del Norte y la Unión Europea al Este, y en gran medida también al Sur/Sudeste, de Asia. (Suele olvidarse que la economía japonesa solo alcanzó prominencia internacional en el siglo XX: en 1968 la producción industrial de Japón era

todavía apenas un 4 % de la producción mundial total, menos que la de Gran Bretaña.²³ A principios de la década de 2000, la producción industrial del Sur y el Este de Asia ya era mayor que la de América del Norte, aunque algo inferior a la de la Unión Europea;²⁴ y con respecto a los servicios, era algo inferior a los dos tercios de la de América del Norte, y algo mayor a los dos tercios de la de Europa. Este mercado potencial (ante todo para sus propias industrias, hoy contenidas por la pobreza) es enorme. Es cierto que el equilibrio del poder económico mundial sigue inclinado en favor de los antiguos países industriales. En 2004, tres cuartas partes de las empresas financieras transnacionales procedían aún de cinco países: Francia, Alemania, el Reino Unido, Estados Unidos y Japón. Solo el 4 % de las mayores empresas transnacionales provenían de economías nuevas o en desarrollo. Sin embargo, la tendencia es clara. En 1990, solo 19 de las 500 empresas principales según *Fortune* provenían de economías en desarrollo o en transición; en 2007, eran 57.²⁵ El papel rector del Este y el Sudeste asiáticos es, nuevamente, llamativo.

No resulta claro todavía en qué medida cambiará el equilibrio del poder económico mundial. América del Norte y la Unión Europea, que son las regiones que más contribuyen al PBI mundial, perderán terreno (Estados Unidos quizá más que Europa) y los países del Mar de la China lo ganarán, aunque les queda aún algún camino por recorrer. En la actualidad, representan (incluido Japón) alrededor de un tercio del total. La India todavía no tiene un papel comparativo equiparable, pero sin duda será un actor importante. No parece que la situación de América Latina, con cerca del 8 % del PBI mundial, se modifique drásticamente. En las últimas décadas, su actuación ha sido decepcionante; sus perspectivas dependerán del avance de los países del Mercosur y de México (este último en la medida en que no sea absorbido por la economía de Estados Unidos). El mundo musulmán occidental, cuyos ingresos proceden del petróleo y el gas, tiene escasa contribución, y (salvo Turquía e Irán) las posibilidades de que ella aumente dependen demasiado de la provisión de energía. Los países que sucedieron a los comunistas, y que hoy participan con cerca del 5 %, aumentarán su participación cuando se recobren de la catastrófica década del noventa, pero no en una magnitud importante. Aparte de sus materias primas y de sus fuentes de energía,

²³ Walt W. Rostow, *op. cit.*, pp. 52-53.

²⁴ The Economist, *The World in 2005*, p. 44.

²⁵ Véase UNCTAD, World Investment Report 2005, *op. cit.*

la Rusia descentralizada actual tiene poco en que basar su poderío económico, más allá de la herencia soviética de un pueblo muy instruido y una poderosa industria armamentista. En cuanto a la región de África al sur del Sahara, empobrecida y cada vez más pauperizada, las perspectivas de que cumpla un papel mayor son escasas.

Quisiera agregar unas palabras sobre la dimensión política de este equilibrio mundial. De todas estas regiones, solo una, América del Norte, es dominada por una única economía nacional, la de Estados Unidos, aunque la Unión Europea ha generado una entidad económicamente poderosa y abarcativa. Cuando desaparezcan los vestigios de la Guerra Fría, el futuro lógico de los países que sucedieron a los comunistas, incluida Rusia, estará en su asociación con Europa. Según una reciente encuesta internacional²⁶ esto es realmente lo que prevén la mayoría de los europeos. En el Este y Sudeste asiáticos, China apunta a tener la hegemonía económica de la que antaño gozó por breve lapso Japón, pero este último país seguirá siendo un protagonista importante, y también parece que la India lo será dentro de poco. Por consiguiente, este nuevo centro dinámico mundial asistirá a la interacción de esos tres gigantes. Ni la región musulmana occidental ni África albergan ninguna economía nacional o poder estatal hegemónico; en Sudamérica, en cambio, por su mero tamaño y potencialidades, la economía brasileña tendrá un rol central, sobre todo si la mexicana pasa a ser un apéndice del sistema norteamericano.

Esto no significa que tales economías nacionales o regionales hegemónicas estén en conflicto con la economía global, ya interdependiente en gran medida, que a todas ellas les aporta beneficios reales o potenciales. Lo que significa es que la globalización no puede ser, como pretende el neoliberalismo, semejante al suave fluir de una corriente líquida. En esa corriente líquida hay tres grandes masas sólidas, políticas y sociales. En primer lugar, el siglo XXI tendrá poco que ofrecer a los países ricos del Norte, salvo el deterioro y tal vez la pérdida de su antigua hegemonía, base del poder de sus países y del nivel de vida extraordinariamente alto de sus pueblos. Es inevitable que el Norte se resista, aunque solo Estados Unidos, con sus aspiraciones de lograr la supremacía global única, puede verse tentado a suplementar su resistencia por medios militares. En segundo lugar, la ausencia de

²⁶ *International Herald Tribune*, 23/3/07.

autoridades mundiales efectivas y de un sistema de poder internacional estable ha generado una situación de gran inestabilidad política y social, de impotencia y turbulencia en muchas partes del mundo, que probablemente persista algún tiempo. A todas luces, esto presentará obstáculos sustanciales al progreso en zonas como la que se extiende desde las fronteras de China, en el centro de Asia, hacia el oeste, pasando por Medio Oriente y gran parte de África, o por los países sucesores de la URSS hasta el oeste de los Balcanes. Por otra parte, la decadencia general de la autoridad del Estado, que ha generado tendencias divisionistas en España y Gran Bretaña, complica también las relaciones entre los Estados nacionales y las economías transnacionales. En tercer lugar, las tensiones y desigualdades creadas por una globalización descontrolada ya ha provocado gran resistencia popular, que limita los alcances de los gobiernos neoliberales y endurece a los regímenes democráticos. Además, puede generar poderosos movimientos populares de disidencia y rebelión.

Hoy estamos en una etapa de transición de una economía mundial dominada por el Norte (en los últimos tiempos, por Estados Unidos) a un nuevo esquema, probablemente con eje en Asia. Hasta que este esquema se haya establecido, es posible que atravesemos décadas de violencia, de turbulencia económica, social y política, como ya sucedió en períodos de transición similares del pasado. No es imposible que esto origine importantes guerras entre países, aunque es menos probable que en el siglo XX. Cabe la esperanza de que con el tiempo desemboque en algunas décadas de relativa estabilidad mundial, según sucedió luego de 1945. Casi con seguridad, no acercará a la humanidad a la solución de la crisis ambiental mundial, que será intensificada por esas actividades.

¿Qué papel le cabe a América Latina en este panorama global? Dejo la palabra a los expertos en la materia.

(Traducción de Leandro Wolfson)